

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.

24

MEMORIA

PREMIADA EN EL CERTAMEN CIENTÍFICO, ARTÍSTICO Y LITERARIO

CONVOCADO POR LA

Real Sociedad Económica de Amigos del País

EN EL AÑO 1887.

ESCRITA POR LA

Srta. D.^a María de la Encarnación Megías Manzano

MAESTRA DE PRIMERA ENSEÑANZA SUPERIOR

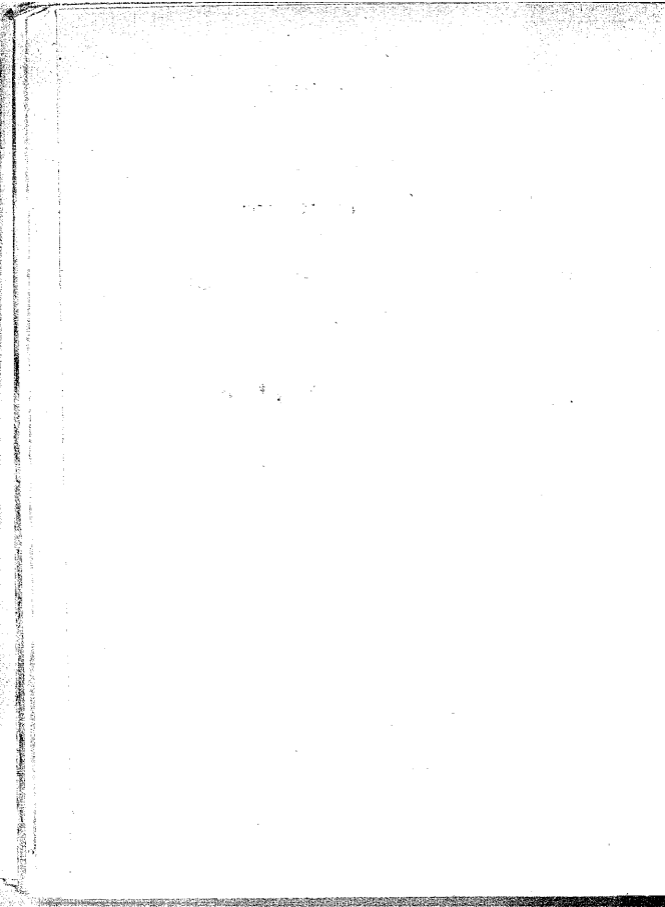
Y ALUMNA DE LA ESCUELA DE MÚSICA DE LA EXPRESADA

SOCIEDAD.

GRANADA

Imp. y Lit. de la Vda. é Hijos de P. V. Sabatel
calle de Mesones, n.^o 52.

1897.



LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.

MEMORIA

PREMIADA EN EL CERTAMEN CIENTÍFICO, ARTÍSTICO Y LITERARIO

CONVOCADO POR LA

Real Sociedad Económica de Amigos del País

EN EL AÑO 1897.

ESCRITA POR LA

Srta. D.^a María de la Encarnación Megías Manzano

MAESTRA DE PRIMERA ENSEÑANZA SUPERIOR

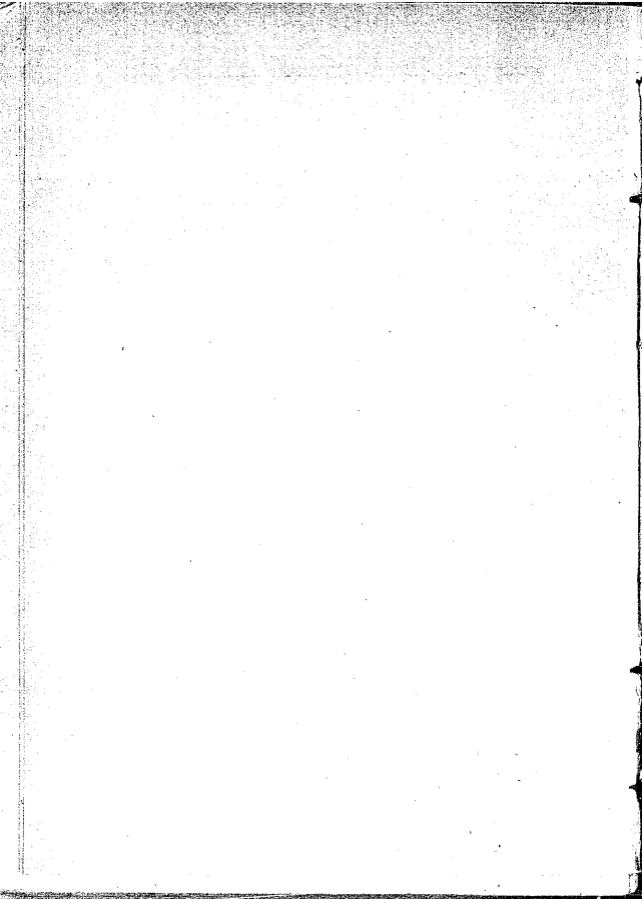
Y ALUMNA DE LA ESCUELA DE MÚSICA DE LA EXPRESADA

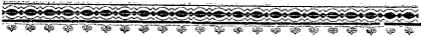
SOCIEDAD.

GRANADA

Imp. y Lit. de la Vda. é Hijos de P. V. Sabatel
calle de Mesones, n.º 52.

1897.





Importancia de la educación de la mujer, condiciones que ha de reunir y beneficios que la mujer instruída reporta á la familia y á la sociedad.

(Tema 7.º del Certamen científico, literario y artístico).

Cuando el soplo vivificador de las brisas primaverales hace brotar las flores por doquiera, más de una vez habremos tenido ocasión de contemplar, visitando alguno de nuestros risueños cármenes ó de nuestros encantados verjeles, la rosa purpurina ó el nacarado jazmín, cual despliegan sus pétalos y exhalan sus delicados aromas á los esplendentes rayos del sol, mientras que allá, en lo más escondido del jardín, se columpian tristemente sobre su tallo otras flores pálidas, descoloridas, sin fragancia, que envidiarían la suerte de las primeras codiciadas y celebradas por los visitantes, si los vegetales fueran capaces de aquella innoble pasión. ¿Y cuál es el motivo de esta diferencia? ¿Acaso las unas y las otras flores no arraigan en la misma tierra? ¿No reciben el mismo rocío? ¿No les dá su calor el mismo sol?

Al tomar la pluma para tratar de desenvolver el punto importantísimo designado por la Real Sociedad Económica granadina como tema 7.º de su certamen científico, ha surgido en mi mente la comparación que acabo de exponer. Nada tiene de extraño; los poetas califican con frecuencia á la mujer como la flor destinada á embellecer el árido desierto de la vida; el indicado tema se ocupa de la importancia de la educación de la mujer, y como la verdad es que en esta predomina, por regla general, esa facultad de nuestra alma que recibe el nombre de imaginación ó fantasía, no es extraño, repito, haya surgido

én mi mente aquella comparación, considerando que si las rosas y los jazmines de los verjeles deben sus galas y sus primores á los cuidados del cultivo, mientras se muestran pálidas y sin perfume las otras flores que no cuentan para su desarrollo más elementos que los de la naturaleza, así también la mujer, si ha de alcanzar y merecer el calificativo de flor con que le brindan los poetas, necesita que sus condiciones naturales sean cultivadas, y de aquí la importancia de su educación.

Ante todo y previamente al desarrollo de esta proporción que nace del modo especial con que la que esto escribe ha visto el tema 7.º del Certamen, permítaseme alejar una acusación de inmodestia que pudiera surgir, teniendo en cuenta se dice, que según los poetas, las mujeres son flores y que es una mujer la que esto escribe, cuya acusación desvaneceré fácilmente, alegando miro la cuestión bajo un punto de vista general, no sólo porque así lo exige el repetido tema, sino también porque ni aun en el caso de que pudiera descender á individualidades lo verificaría nunca la que esto escribe, en la seguridad de quedar mal parada dentro de su misma comparación.

Si, pues, dando la razón á los poetas, podemos decir que la mujer es una flor, y probado queda mediante un símil la necesidad que la primera tiene de instrucción, como la segunda de cultivo, si ha de embellecer y perfumar las sendas de la vida, como las flores hermocean y aromatizan nuestros verjeles, podemos desde luego entrar en el desenvolvimiento del tema, que para mayor claridad dividiré en tres partes, adaptándome á la forma en que está redactado, tratando en la primera de la *importancia de la educación de la mujer*, demostrando en la segunda los *caracteres que ha de tener esta educación* y haciendo ver en la tercera los *beneficios que aquella reporta á la familia y á la sociedad*.

I.

Todos los seres de la creación están dotados de las cualidades que necesitan en armonía con el fin para que fueron formados. El sol es un espléndido manantial de luz y calor, porque

su misión es iluminar y calentar la tierra; ostentan las flores galas esplendentes y aromáticos perfumes, porque fueron criadas para embellecer la naturaleza y purificar la atmósfera; y el agua, finalmente, es cristalina y fresca porque Dios la crió para limpiar y refrigerar. Siendo esto así, si hasta en las criaturas inanimadas é insensibles se observa están dotadas de las cualidades que necesitan según su objeto, tratándose de seres superiores á los demás, como formados á imagen y semejanza del Omnipotente, es indudable han de reunir también la dicha condición, porque si así no fuera resultarían imperfectos y no es posible la imperfección en las hechuras del Hacedor Supremo.

Dos seres únicamente tienen entre todos los criados aquella alteza de origen: el hombre y la mujer. El primero formado primeramente del barro de la tierra, á cuya figura animó el sople de Dios mismo, el alma racional; la segunda, formada de la costilla del varón, durante su sueño misterioso, y á la que el Criador dotó también del espíritu inmortal, para que fuese la compañera del hombre, porque, como dice el sagrado libro del Génesis *no hallaba Adán ayuda semejante á él*. (Cap. II, ver. 20.) ¡Compañera del hombre! He aquí resumida en tres palabras la noble, la altísima, la importante misión á que está llamada la mujer en este mundo. Detengámonos un momento á estudiar lo que significa el nombre de compañero.

Un compañero es un auxilio que buscamos para conseguir aquello que no podemos lograr por nosotros mismos; un compañero es aquel que se nos asocia para unidos conseguir un fin común. Si queremos levantar ó mover un objeto superior á nuestras fuerzas, pedimos un compañero: si pretendemos emprender un viaje y nos arredra la idea de ir solos, buscamos quien nos acompañe; si las penas inseparables de nuestra mísera existencia destrozan nuestro corazón, sentimos consuelo al depositarlas en el seno de nuestra madre, de nuestra amiga, y si, por último, nos decidimos á emprender una carrera ó á cultivar un arte como la música, la pintura ó el bordado, cariñosas compañeras nos dan estímulo, al par que nos auxilian en nuestras tareas, comunicando las unas á las otras sus conocimientos y disipando las dudas de alguna más tarde en

comprender ó más perezosa en estudiar; es decir, que siempre el compañero presupone un auxilio mutuo en una comunidad de fines. Por eso Dios que había criado al hombre racional, y por tanto social, quiso darle una compañera; de aquí que la mujer esté llamada á auxiliar al hombre en la vida, y en la persecución del mismo fin comun á ambos, perfeccionarse en el mundo presente á fin de hacerse dignos de llegar á la posesión del bien sumo, que es Dios mismo en la eternidad.

El paganismo con sus errores olvidó estas verdades que nos enseñan de común acuerdo la razón y la revelación; entonces la mujer fué considerada no como la compañera, sino como la esclava del hombre; pero Nuestro Señor Jesucristo, haciendo resplandecer por doquiera la refulgente luz del Evangelio, colocó de nuevo á la mujer en el trono de su dignidad, y sacándola del fango de la abyección en que el gentilismo le había sumergido, volvió á ser reina, como compañera del hombre, puesta por el Criador para reinar en la Creación.

Estudiando y queriendo penetrar más y más el significado de esta palabra compañero, que corresponde á la mujer con relación al hombre, encuentro la razón por qué los poetas consideran á aquélla como una flor. Las flores de nuestros verjeles, hemos dicho están llamadas á embellecer y á purificar, y ambas dos hermosas obligaciones debe de llevar á cabo moralmente la mujer.

En efecto, bajo dos distintos aspectos puede ser considerada la mujer en el desempeño de sus delicados deberes: como compañera del hombre, ocupando su lugar en la familia ó cumpliendo las reglas de su profesión en una orden religiosa. Bajo el primer aspecto, ella será esposa, madre, hija ó hermana; bajo el segundo, ó estaría consagrada á la oración y la penitencia en el interior del claustro ó dedicada al alivio de las miserias de sus semejantes por el amor de Dios. Pues bien, contemplad las flores de los jardines, ved como embellecen y purifican; ostentan para conseguir lo primero sus galas; exhalan, para lograr lo segundo, las delicadas esencias de sus pétalos, y de la propia manera, mirad ahora á la mujer, preciosa flor sembrada por Dios en los senderos de la vida: ella, como espo-

sa, ha de ser el auxilio inseparable de su esposo, que obediente y sumisa á sus mandatos ha de procurar, sin embargo, encauzarle por los senderos del bien, alentándole en sus trabajos y empresas; como madre ha de ser la luz refulgente que guíe á sus hijos por los senderos del deber; como hija ha de mostrarse como el consuelo, el apoyo y la alegría de sus padres, caracteres que unidos al de amiga cariñosa, necesita ostentar también para con sus hermanos menores. Y si de la familia pasamos á considerarla dentro de una orden religiosa, si la miramos en el interior del claustro, la encontraremos víctima expiatoria sacrificada en aras de la penitencia, por los pecados de sus hermanos del siglo, constituyendo una de esas misteriosas compensaciones que existen en el mundo sobrenatural, y que no por ser incomprensibles y por negarse por los incrédulos, dejan de existir y producir sus beneficiosos efectos; y si nos fijamos en ella trabajando en aliviar las miserias de sus semejantes, ahora la veremos prestando el calor de su seno al inocente niño que nació sin padres; luego alentando y consolando al enfermo desvalido; más tarde corriendo presurosa en socorro de los heridos en los campos de batalla, donde desafiando el plomo enemigo pasea sus blancas tocas por entre sangre y cadáveres, á trueque de difundir algún alivio, cual verdadera personificación del ángel de la caridad. Y en uno y otro aspecto siempre es la compañera del hombre, pues que le presta su auxilio moral ó material, embelleciendo y perfumando su vida con sus actos y sus virtudes, como las flores perfuman y hermocean el verjel con sus galas y sus aromas.

Siendo tan importante la misión de la mujer, se sigue lo esencial de las cualidades de que debe estar adornada, para poderla cumplir con acierto y estas cualidades pueden condensarse en una sola palabra: la instrucción: es decir, que la mujer se halle suficientemente instruída. No puede ser de otra manera, dispuesto está así por Dios en sus sabias leyes, y el hombre es impotente para contrarrestar los mandatos consignados en ellas. De la misma manera que las flores necesitan sobre las condiciones de su naturaleza el cultivo del hábil floricultor para ostentarse como encanto y gala de los verjeles,

así también á la mujer le es indispensable cultivar sus condiciones de ser racional, mediante la educación, la cual es por tanto importantísima, por cuanto con ella solo puede la flor de la vida obtener las cualidades necesarias para llenar la noble misión que el Criador la encomendara al hacerla compañera del hombre, y cuya educación ha de reunir los caracteres de que paso á ocuparme en la segunda parte de esta mal trazada disertación.

II.

Hé aquí que al pretender explicar los caracteres que ha de reunir la educación de la mujer, para que responda á su importancia, vuelve á mi mente la idea de la comparación entre ella y las flores, bajo cuyo punto de vista he desarrollado la primera parte de mi trabajo. Rogando se me perdone este que podrá llamarse capricho mujeril, es lo cierto, que así como el cultivo de las flores consiste en combinar para ellas de un modo acertado la luz, el calor y la humedad, que son las condiciones del buen desarrollo de los vegetales, así también la educación de la mujer ha de reunir los tres caracteres de *religiosa, moral y literaria*; y que de la propia manera que cuando á las primeras falta alguna de las repetidas condiciones. ó no se combinan acertadamente, lejos de embellecer y perfumar, crecerán pálidas y sin fragancia, del mismo modo la mujer no podrá llenar su misión de compañera del hombre, en ninguno de los aspectos en que puede ser considerada, si falta á su educación alguno de los indicados caracteres. Pero antes de proceder á demostrarlo, debo hacer dos ligeras indicaciones: la primera de índole exclusivamente pedagógica, es la de que la palabra *educación*, empleada por el tema, creo debe entenderse como sinónima de instrucción, porque si bien se distinguen, entendiéndose por educación la suma de conocimientos indispensables para guiar á la razón con sus primeros pasos en la senda de la vida, cuya suma de conocimientos se obtiene en el hogar doméstico, entre los cariñosos besos maternos, y por instrucción el verdadero cultivo de la inteligencia mediante la enseñanza, que se logra en algún establecimiento y en armonía

con las condiciones y aptitudes de cada individuo; como la educación y la instrucción han de corresponderse y relacionarse, ó no darán los resultados apetecidos, y por tanto ambas pueden considerarse como una sola, creemos que en este sentido emplea el tema la dicha palabra, y consideramos la educación como la instrucción de la mujer.

Mi segunda indicación ha de servirme ya para probar lo que pretendo, y es la de que los caracteres de *religiosa, moral y literaria*, que ha de reunir la instrucción de la mujer, son los mismos que ha de tener también la del hombre. Y ello es cierto, siendo aquélla conforme, queda demostrado la compañera de éste, y suponiendo la idea de compañerismo, según también he dicho antes, auxilio mutuo en unidad de fines, claro es que no podría tener lugar este último existiendo una diversidad de instrucción, á más del absurdo que esto supondría, para hacer distintas en sus caracteres la instrucción del hombre y la de su compañera, valdría tanto como sostener el error en que cayeron los paganos, degradando las condiciones espirituales de la mujer y convirtiéndola en un ser abyecto y miserable. Y no obsta á lo expuesto, que bajo el punto de vista literario varíe la instrucción de la mujer, porque esto, como veremos luego, es una mera diferencia de forma en que nada afecta á las condiciones esenciales de aquélla, que es como el hombre ser racional, capaz por tanto de instruirse y perfeccionarse.

Lo primero que la mujer necesita es una instrucción sólidamente religiosa. No entraré para demostrarlo á probar la necesidad que nuestro espíritu tiene del conocimiento de verdades de un orden puramente sobrenatural, cuya necesidad solo puede satisfacer la religión verdadera, ni me detendré tampoco á considerar la dicha religión, como base de todos los conocimientos capaces de adquirir por la inteligencia humana, justificándose de esta manera el lema escogido por mí para esta pobre MEMORIA, porque si entrara á desenvolver dichos conceptos me haría demasíadamente larga, por lo cual prescindiendo de ello voy á limitarme á una sola consideración.

Sabido es, y queda dicho al principio de este trabajo, que en

la mujer, por regla general, predomina más la facultad llamada fantasía ó imaginación. Esta fué llamada, y con fundamento la loca de la casa, según creo por Santa Teresa de Jesús, y con efecto, la imaginación, cual verdadera demente, sabemos que sale fuera del mundo de las realidades, crea fantasmás, construye sobre sombras y se complace en girar entre mil concepciones imaginarias, incapaces las mas veces de realizarse. Si la razón no tiene suficiente caudal de conocimientos religiosos, carecerá, digámoslo así, de cuerdas con que ligar á esa loca, y vencida por ella, será sustituida por las malas pasiones que, halagando aquella, la harán precipitarse de extravío en extravío, hasta dar quizás la desgraciada mujer, constituida en este estado, en el negro abismo del crimen y de la degradación.

He oído decir que todas las mujeres que han sido criminales, han llegado al delito por exceso de sentimiento; es decir, por imaginación no regida por la razón; y de seguro que á esas desgraciadas faltaron padres y maestros, y que le inculcaran las verdades religiosas: una mujer que las sabe y las profesa, sabrá mantenerse siempre dentro de la senda del deber.

Por otra parte, si como antes he indicado, la verdadera Religión fué la que redimió á la mujer, colocándola en el trono de su perdida dignidad, hay un motivo más, el de la gratitud, para que ella no deje de considerar como fundamento de sus estudios, las verdades por las que ocupa hoy el puesto que le corresponde, siendo señora y no esclava.

Al lado del estudio de la Religión, debe colocarse el de la Moral, no solo como parte integrante de aquélla y que se refiere á dar la regla de los deberes del hombre, sino también porque dada la importancia de las obligaciones de la mujer, sin la Moral religiosa no sabría cumplirlas. Ya la consideremos formando parte de una familia, ya de una comunidad religiosa, siempre la veremos obligada á llenar sus deberes hasta el sacrificio si es preciso. Pues bien, si no conoce la Moral religiosa, ¿quién ni por qué podrá exigirle el cumplimiento de aquello? Se responderá quizá que el sentimiento del propio honor, pero esta palabra en si misma no quiere decir nada, ni significa

nada. El honor no es sino la buena reputación que sigue á la virtud; luego si la virtud supone ó es lo mismo que valor para sobreponerse á los obstáculos que se oponen á obrar exactamente, y para conseguir esto, es necesario conocer la regla del bien obrar, enseñando esta la Moral religiosa, preciso es concluir que desconociéndole no es posible el cumplimiento de deber alguno.

Vengamos ya al tercero y último carácter de la instrucción: el de *literaria*. Ya he apuntado antes que en esta parte varia algo en cuanto á la forma, la de la mujer. Debe procurarse que ésta, además de la escritura y la lectura, tenga conocimiento suficiente de su idioma patrio, así como también que esté regularmente instruida en Geografía, Historia, principalmente también la de su país natal, Aritmética, algunas nociones de medicina doméstica y las labores propias de su sexo, porque cualquiera que sea la posición social en que la Divina Providencia la coloque, siempre tendrá que atender á los quehuceres de su casa y á sus relaciones sociales, y con aquella serie de conocimientos llevará á cabo bien y cumplidamente lo uno y lo otro.

En cuanto á si la mujer ha de cultivar las ciencias de un modo especial como el hombre, he aquí un punto respecto del cual no sé qué decir.

El paganismo antiguo, según he dicho, degradó á la mujer; hoy los errores de la época han caído en el extremo opuesto, y la elevan tanto que hay quien sostiene debe ella ejercer las mismas profesiones y desempeñar cargos públicos de igual manera que el hombre. Libreme Dios de sostener semejante doctrina, que creo errónea y hasta ridícula, porque el Omnipotente crió á la mujer para que fuese compañera del hombre, pero no otro hombre, pues entonces estaba demás; y hecha esta salvedad, expondré lisa y llanamente mi humilde opinión.

Dado ser el sentimiento la parte que más predomina en nosotras, desde luego considero muy recomendable el estudio de las bellas artes, como poesía, música, pintura, y desde luego lo que se llaman labores de adorno: una mujer con aptitudes para algunas de aquellas bellas artes, puede sobresalir más aun que

el hombre, dado el sentimiento que en ella existe y de que aquéllas son expresión. Respecto al cultivo de las ciencias, cabe que alguna mujer tenga condiciones para ello; Dios reparte los talentos entre sus criaturas racionales, sin distinción de hombres ni de mujeres, y cuando sea su voluntad, dándoselos á una de éstas en términos de que pueda aprovecharlos cultivando una ciencia, no veo inconveniente en que lo verifique, pudiendo, sin salir de su esfera, beneficiar á sus semejantes, como haré ver en la tercera parte de mi trabajo.

El estudio que los padres hagan de las aptitudes de sus hijos, es la única regla que puede darse sobre el particular, y es lo cierto que una mujer cuya instrucción reuna los caracteres que ligeramente dejo apuntados, será galana flor que embellecerá y perfumará las sendas de la vida, pues ella ha de producir grandes beneficios á la familia y á la sociedad, como me propongo demostrar para terminación de este sencillo discurso.

III.

Para demostrar cumplidamente los beneficios que la mujer instruida reporta á la familia y á la sociedad, creo lo mejor, más bien que detenerme haciendo reflexiones superfluas, presentar algunos ejemplos, que si bien no verdaderos, sino hijos de mi fantasía, en la conciencia de todos estará cuando los lean, pudieran muy bien aplicarse á la vida real.

Supongamos una familia compuesta de padres é hijos, y á la que también han llegado los beneficios de la fortuna, gozando por consiguiente los individuos de aquélla de todo de cuanto puede apetecerse, no ya en lo tocante á lo necesario, sino también respecto á lo superfluo; mas sin embargo, la que desempeña el importante papel de madre y esposa en este hogar, carece de instrucción, es decir, no la tiene tan sólida ni con los caracteres que hemos señalado. Esta familia, bien puede asegurarse, no es, no puede ser feliz. Si la posesión de cuantiosas riquezas, es el más poderoso y terrible de los incentivos de las malas pasiones, mal podrá aconsejar prudentemente á su esposo, dirigir y vigilar los actos de sus hijos, utilizar los bienes de un modo recto, provechoso y justo, la mujer que mira la

posición en que la divina Providencia le ha colocado como un medio de satisfacer su orgullo y su vanidad, la que condensa todos los actos de su vida en, como vulgarmente se dice, gastar y triunfar. Entre aquellos individuos no cabe afecto, porque no hay relación, y no hay relación porque no hay orden, y mientras la indiferencia y el desvío reinan en el interior de aquella casa, la sociedad presencia el triste ejemplo de un lujo desmedido y escandaloso, para ver también en breve la decadencia y la ruina de aquella familia, hija de la falta de instrucción de la llamada con su prudencia, su virtud y su dirección á llevarla por los derroteros de la paz y de la felicidad posible en este mundo.

No es ya una familia acomodada, es una de las pertenecientes á la clase llamada media, la más numerosa de las sociales. Dadme al frente de ella una mujer instruida y en aquel modesto hogar se disfrutará hasta de comodidades superfluas, reinando allí la virtud y la alegría. Por el contrario, si la esposa, la madre de esa familia, no tiene la instrucción debida, en breve la desmedida pasión del lujo, hoy desgraciadamente tan extendida, llegará á enseñorearse de su corazón, en su immoderado afán de sobresalir sobre sus amigas y colocarse en alturas, á donde Dios no ha querido suba, mientras la única educación que da á sus hijos, es la de inspirarles ideas quiméricas de grandezas y falsos conceptos del honor: exigirá á su esposo sacrificio tras sacrificio, concluirá el ahorro, se extinguirá el crédito, y la sociedad, después de haber contemplado el triste, al par que ridículo espectáculo de seres que pretenden volar más allá de su esfera, sin otras alas que las del orgullo y la ambición; contendrá también en breve un criminal más en su seno, porque cuando cesan los medios lícitos de obtener recursos, un alma cegada por sus pasiones no vacila en ascender á los ilícitos, que no sin razón se dice que un abismo llama á otro abismo.

¡Y qué diremos si la familia es pobre, si se trata de un hogar doméstico de jornaleros! El pueblo designa con el calificativo de *hatera*, á la mujer del pobre hacendosa y honrada en cuyas manos parece se centuplica el modesto jornal; yo no

vacilaré en sustituir ese vocablo popular, con el de instruída, porque la esposa y la madre del hogar del trabajador, que con conciencia de sus deberes, alienta á su esposo, educa á sus hijos y hace que la alegría se asiente en aquella casa, es una mujer que tiene instrucción, con los caracteres debidos; es la flor cultivada convenientemente que hermosea con su presencia y perfuma con el aroma de sus virtudes, la atmósfera que le rodea. Por el contrario, si esa mujer no es instruída, en su casa faltará hasta lo necesario, no sabrá separar á su esposo de la senda de los vicios, no cuidará hacer de sus hijos hombres laboriosos y honrados y la sociedad se escandalizará constantemente con las riñas y disenciones domésticas que surgen á diario entre los miembros de aquella familia, cuyos individuos tienen por fin, algunas veces una cárcel y siempre el lecho de un hospital, porque faltó el cultivo á la flor que había de embellecer y perfumar aquella casa y creció pálida, marchita y sin aroma.

Aun para aquellas mujeres á quienes Dios no destine para vivir en familia, inspirándolas para ello la vocación religiosa, no es menos indispensable la instrucción. Ya en la primera parte de esta desaliñada Memoria hice una ligera indicación de los beneficios que á la sociedad reporta, tanto la religiosa contemplativa, como la de vida activa; la primera, sacrificándose, cual verdadera víctima expiatoria, por los hombres sus hermanos; la segunda, corriendo presurosa á enjugar las lágrimas de sus semejantes. Sin detenerme á insistir acerca de estos puntos, porquo ya me voy alargando demasiado, diré sólo para redondear el pensamiento apuntado, que estos beneficios que á la sociedad produce la mujer, son consecuencia de la instrucción.

En efecto, de la misma manera, y séame permitido insistir en mi símil, que la combinación de la luz, del calor y de la humedad, hábilmente verificada, produce el desarrollo de las flores, así también la instrucción religiosa, moral y literaria, hará que la mujer comprenda y se penetre de cuál es el estado verdadero á que Dios la llama, mientras que si descuida en instruirse, nada más fácil, sino que equivocado el camino, lejos de beneficiar, se perjudique á sí misma y á la sociedad,

porque así como las flores jamás prosperan en terreno que no es abonado para ellas, así también los seres racionales necesitan arraigar, digámoslo así, en la tierra; esto es, en el estado á que fueron llamados por el Señor.

Una sola observación para concluir, y esta se refiere al caso particular de que me ocupé en la segunda parte de mi trabajo: el de tener una mujer aptitud especial para las ciencias, ó lo que sucede más frecuentemente, para las bellas artes. Sin incurrir, repito también, en las exageraciones de las escuelas modernas, diré tan solo, que la mujer instruida en algunos de estos conocimientos especiales, puede llegar hasta ser una gloria de su patria. Abramos la Historia y nos convenceremos de ello, que entre mil y mil ejemplos que en aquella constan, bastará para lograrlo citar á Santa Isabel, moradora en su monasterio á orillas del Rhin, donde las mujeres se dedicaban á la pintura y al cultivo de las ciencias, y que dejó escritas varias obras admirables; á Santa Catalina de Sena, que compartió la gloria de los grandes escritores; á la honra de España, Santa Teresa de Jesús, cuyas obras maestras llenas de luz divina, han sido, son y serán el pasmo del Universo; á Isabel de Valois y á su prima Maria Stuard, que sostuvieron correspondencia latina, sobre las ventajas de los estudios literarios; á Rosuvit, llamada la Virgen poetisa, humilde religiosa de un monasterio en Hannover, y que cultivó la música, la poesía, la literatura dramática, el latín, el griego y la filosofía; á Herrade, abadesa de Santa Odila, que sorprende por sus obras llenas de erudición, á Santa Hildegarda, que publicó un tratado de Historia Natural, y por fin para no cansar, para concluir esta ligera reseña de mujeres que cultivando las ciencias y las Bellas Artes se han granjeado un nombre ilustre, citando una mujer granadina, lo haremos de nuestra D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez, cuya memoria guardan como imperecedero recuerdo los granadinos, y que bajó á la tumba, habiéndose distinguido como poetisa, novelista y escritora dramática; ejemplos que vienen á demostrar de un modo cumplido los beneficios que la sociedad reporta de la instrucción de la mujer y necesidad que ésta tiene de instruirse convenientemente,

porque dada la importancia de sus obligaciones, como compañera del hombre, debiendo ser la flor puesta por Dios para embellecer y perfumar la senda de la vida, su educación, como dice Mons. Dupanloup, nunca será bastante, ni nunca podrá decirse ha llegado á su fin.

He terminado el trabajo que me propuse hacer. Aceptando la comparación que los poetas hacen de las flores con las mujeres, he presentado la necesidad en que éstas se hallan de cultivar sus inteligencias, partiendo para ello de la importantísima misión que Dios nos ha dado en el mundo, parecida en efecto en el orden moral á la que llenan las flores en el material, ya se mire la mujer en sus diversas condiciones dentro de la familia, ya profesando una orden religiosa.

He expuesto los caracteres que en mi sentir debe tener la instrucción de aquélla, y he concluido por trazar el cuadro de los beneficios que la familia y la sociedad reportan de la mujer instruida. Pero al dejar la pluma, el desaliento se apodera de mi espíritu y la tristeza embarga mi corazón. Estoy muy lejos de creer he llenado el objeto que me propuse; no he desarrollado el tema, apenas habré tocado ligeramente sus particulares. Yo, la última de las alumnas de las enseñanzas de la Económica, soy una atrevida en presentarme á su Certamen. ¿Porqué, pues, no arrojo al fuego estos pliegos y oculto en el silencio mi pensamiento? Una consideración me detiene: la Real Sociedad que convoca esta lid literaria, al señalar un puesto en el palenque á las alumnas de sus enseñanzas, desea que nos acostumbremos á discurrir y á pensar por escrito; por consiguiente, este trabajo es un ensayo y no más. Siendo así, puedo prometerme hallarán disculpa mis defectos, y aunque mi nombre quede oculto en el misterio, yo siempre tendré una satisfacción en mi conciencia: la que nace de haber obedecido las indicaciones de los dignos Profesores de aquella Sociedad, que quieren para sus alumnas los mayores adelantos, y para ello las estimulan al trabajo, á la meditación y al estudio por todos los medios posibles; y si lo que no espero, obtuviese algún premio, no sería la gloria para mí, sino para ellos, para la Real Sociedad de Amigos del País de Granada.—*He dicho.*

LEMA.—*El principio de la sabiduría es el temor de Dios.*